

En 1820 era ya Nueva York el Estado mas populoso, y los demás seguian, en concepto de poblacion, en el órden siguiente:

	Habitantes
Nueva York.	1.373,000
Virginia.	1.065,000
Pensilvania.	1.049,000
Carolina del Norte.	639,000
Ohio.	581,000
Kentucky.	564,000
Massachusetts.	523,000
Carolina del Sur.	503,000
Tennessee.	423,000
Maryland.	407,000
Georgia.	298,000
Maine.	298,000
New-Jersey.	276,000
Connecticut.	275,000
New-Hampshire.	244,000
Vermont.	236,000
Luisiana.	153,000
Indiana.	147,000
Alabama.	128,000
Rhode-Island.	83,000
Mississippi.	75,000
Delaware.	73,000
Misuri.	67,000
Illinois.	55,000
Colombia.	33,000
Arkansas.	14,000
Michigan.	9,000

El territorio colonizado habia aumentado en el año 1800, en un decenio, en la proporcion de 27'4 por ciento; en el de 1810, en la de 33'4, y en el de 1820 en la de 24'7.

La superficie colonizada era como sigue:

Años	Kils. cuads.
1800.	791,783
1810.	1.056,577
1820.	1.317,577

La densidad de la poblacion creció en la proporcion siguiente:

En 1800 se contaban por kilómetro cuadrado 6'7 habitantes; en 1810, 6'8, y en 1820, 7'8.

Ciudades de 8,000 á 12,000 habitantes habia en 1790 una, en 1800, una; en 1810, cuatro; en 1820, tres: ciudades de 12,000 á 20,000 habia en 1790, tres; en 1800, ninguna; en 1810, dos; en 1820, cuatro; ciudades de 20,000 á 40,000, en 1790, una; en 1800, tres; en 1810, tres; en 1820, dos; ciudades de 40,000 á 75,000, en 1790, una; en 1800, dos; en 1810, ninguna; en 1820, dos: ciudades de 75,000 á 125,000, en 1790, ninguna; en 1800, ninguna; en 1810, dos, y en 1820, dos (Nueva York y Filadelfia).

Véase ahora el aumento de la poblacion negra en los mismos períodos.

Años	Poblacion negra	Relacion con la poblacion total	Aumento en un decenio
1790.	757,208	19'27 %	
1800.	1.002,037	18'85	32'20 %
1810.	1.377,808	19'00	37'50
1820.	1.771,656	18'39	28'58

Desde 1784 hasta 1794 inmigraron escasamente, un año con otro, 4,000 personas, y desde 1794 hasta 1810, apenas 6,000 personas anualmente. Desde 1810 hasta 1817 menguó la inmigracion por la inseguridad y dificultad de la navegacion, pero á contar desde este último año fué aumen-

tándose rápida y constantemente; en 1817, contando los viajeros, que eran pocos, llegaron á los puertos de la Union 22,240 extranjeros. En 1819 organizó el gobierno un registro de emigrantes que fueran llegando, y desde el 30 de setiembre de este año data la estadística exacta. Desde la conclusion de la guerra de la independencia hasta esta última fecha calculóse la inmigracion en 250,000 individuos. En los últimos tres meses del año 1820 inmigraron 8,335, y desde entonces hasta 1830 llegaron 143,078 personas.

CAPITULO IX

JUAN QUINCY ADAMS

Los hombres que habian presenciado ó hecho la guerra de la independencia y fundado la república federal, habian bajado uno tras otro al sepulcro, y los que todavia continuaban entre los vivos estaban gastados y decrepitos. Nuevas manos mas jóvenes deseaban empuñar el timon del Estado; pero la nueva generacion que ocupaba la escena no miraba ya á los candidatos que ambicionaban suceder en la presidencia á Monroe con aquella veneracion y aquel respeto que habian merecido al pueblo norte-americano los fundadores de la república. Los partidos que antes se habian combatido tampoco existian ya, no habia federalistas, y los republicanos particularistas ó demócratas, que les habian vencido, sufrieron á su vez el destino que Jefferson les habia pronosticado. Vencedores y fuertes, se habian dividido en nuevos partidos. Así fué que ninguno de los nuevos candidatos á la presidencia tuvo la gran mayoría de votos que habian tenido sus predecesores; cada uno estaba protegido por un grupo de amigos y aun de Estados, pero de allí no pasaba, ni habia ya el entusiasmo de antes, sino un regionalismo mayor que hizo la eleccion mas difícil. Esta vez figuraron como candidatos en primera línea Crawford, ministro de Hacienda; Quincy Adams, que lo era de Estado; Calhoun, ministro de la Guerra; Clay, presidente de la cámara de representantes, y Andrés Jackson, general y senador. En segunda línea figuraban Gallatin, Lowndes, que en 1816 capitaneó en el congreso al partido proteccionista junto con Clay y Calhoun, Witt Clinton, su adversario Tompkins y algunos otros. Quincy Adams estaba apoyado por Nueva York y los Estados del Norte, Clay por Kentucky y Ohio, Crawford por la Virginia y Georgia, Jackson por la Pensilvania, Tennessee y varios Estados del Sur; pero ninguno de ellos era el candidato exclusivo de estos Estados: muchos de ellos querian ser presidentes sin gastar nada para conquistar votos, y no habia entonces agentes electorales. Adams reunia mas cualidades que le recomendaban para la presidencia, pero no era popular en los Estados del Sur ni sabia hacerse simpático. Muchos encontraban á Calhoun demasiado joven para presidente de la república. Jackson no tenia simpatías en el Norte; Clay era para los poderosos del Sur demasiado proteccionista; en una palabra, ninguno de los candidatos podia contar con una mayoría imponente.

La historia política de los Estados Unidos coincidía en aquella época con la de los personajes mas prominentes, y es por lo mismo conveniente dar algunos pormenores referentes á estos.

Juan Quincy Adams contaba á la sazón 57 años y era el candidato preferido de todos aquellos electores que creian indispensable para pretender la presidencia haber pasado por todo el escalafon de la administracion pública. Quincy Adams era metódico en todo, trabajador incansable, y como verdadero hijo de los Estados del Norte y puritano, no conocia el lujo ni refinamiento de los goces de la vida. Sobrio y severo, era impropio para la sociedad vividora y hasta para

la de sus amigos. Era demócrata, ó sea republicano particularista, pero tibio, uno de los tráfugas del campo federalista del Norte del año 1807, y proteccionista moderado. Se decia que en las conferencias de Gante se habia mostrado inclinado á sacrificar el derecho de navegacion en el Mississippi en cambio del de la pesca en las aguas del Canadá; y si bien se justificó de esta acusacion en un folleto que publi-

có, desconfiaban de él los habitantes de los Estados y territorios de la cuenca del gran rio, ó sean los llamados del Oeste. Era hombre sumamente desconfiado é inclinado á ver en todo móviles maliciosos y bajos, como lo prueban innumerables datos que confió á su *diario*, que hemos tenido ocasion de mencionar repetidas veces. «Clay, — dice en una de estas notas, — es como Randolph benévolo con intencion



Juan Quincy Adams

aviesa.» En otra dice del mismo: «Me ataca sin escrúpulo, ora con cábalas ocultas, ora con rudeza en sus discursos públicos. En el congreso todo gira alrededor de intrigas y el gobierno corre el peligro de degenerar en cábalas y pendencias.» Posteriormente, al concluir su presidencia, hubo una aproximacion entre Adams y Clay, que no tuvo mas resultado que contribuir á la victoria del competidor de ambos, el general Jackson.

Crawford contaba 52 años y era en sentido de muchos el candidato legítimo, pues que habia sido ya en las elecciones de 1816 rival de Monroe. Tambien habia modificado con el tiempo su asperidad federalista. Dificilísima habia sido su posicion de ministro de Hacienda durante la gran crisis monetaria, y se le habia acusado públicamente de haber tenido

preferencias con determinados bancos y haber empleado fondos del Estado para proporcionarse amigos y votos. El congreso nombró una comision informadora que nada encontró que justificara la acusacion, por cuya razon fué absuelto. A la verdad, que en lugar de haberse enriquecido estaba medio arruinado. Aun siendo ministro, habia fomentado constantemente la oposicion é intrigado contra el gobierno de que formaba parte y contra el presidente Monroe, el cual, á pesar de tener pruebas de sus manejos, no quiso desprenderse de él, como sus amigos le aconsejaron, al ser reelegido presidente. Crawford, en una entrevista que tuvo con Monroe en la Casa Blanca, se expresó tan groseramente que el presidente estuvo á punto de llamar á sus criados para que le arrojaran á la calle; Crawford entonces dió satisfacciones,

pero los dos no volvieron jamás á tratarse personalmente. Adams, el colega de Crawford, le miraba con profundo desprecio, porque le creía capaz de cualquier crimen para satisfacer su ambición, aunque fuese jurar en falso ante el tribunal. Su otro colega Calhoun no le tenía en mejor concepto; el general Jackson le odiaba, como ya hemos dicho antes, y el senador Mills le calificaba en un escrito de «grosero, sin educación y de intrigante incorregible, decidido á llegar á la presidencia.» Adams añade: «Jackson y Calhoun coinciden y concuerdan, cuando no en otras cosas, en el desprecio de Crawford.» Era, no obstante, político hábil, buen organizador y director de partido, y de fuerzas jóvenes, y sabía hacer que le dieran aplausos en la prensa y conquistarse amigos. En 1823 tuvo un ataque apoplético que le dejó imposibilitado hasta para firmar, pero no por eso retiró su candidatura, aunque no fuese sino para perjudicar á sus competidores.

A la reunion preparatoria del partido democrático solo concurrieron 66 de los 216 individuos que contaba este partido, y de los 66, dieron 64 su voto á Crawford. Los que no habían asistido eran partidarios de Adams, Jackson y Clay. La misma reunion propuso para la vice-presidencia á Gallatin, el cual habiendo estado diez años de embajador en Europa apenas tenía en su país relaciones personales y siendo ya viejo renunció la candidatura.

Clay solo tenía á la sazón 47 años y era el jefe declarado del partido proteccionista, adversario del Banco nacional de los Estados Unidos, partidario de mejoras interiores y simpatizador entusiasta con todos los pueblos que luchaban por su libertad. Hablaba bien y con elocuencia, aunque á menudo con escasa profundidad, pero se ganaba las simpatías de los que le oían y trataban. Era, en fin, hombre de mucho talento, y á pesar de sus grandes debilidades, muy á propósito para presidente de la cámara de representantes, puesto que había ocupado desde 1815 hasta 1820 y desde 1823 hasta 1825.

Calhoun tenía solo 42 años y contaba con muchísimos amigos en varias comarcas del Norte y en algunas del Sur, así como en Pensilvania y en la ciudad de Nueva York. Era el candidato de los electores jóvenes, y como ministro de la Guerra contaba también con las simpatías del ejército. El magistrado Story se expresó en una carta respecto de la candidatura de Calhoun en estos términos: «Soy admirador sincero de Calhoun, y tengo la convicción de que pocos hombres abrigan ideas de gobierno mas grandes y mas liberales que él; pero su edad, es decir, su poca edad, es ahora un gran obstáculo á su elevación á la presidencia.» Calhoun comprendió que la benevolencia de sus amigos no podía hacer las veces de entusiasmo, si bien en aquella época no había entusiasmo por ningun candidato, y se contentó con la candidatura para la vice-presidencia, para la cual le apoyaron además de sus amigos los partidarios de Adams y de Jackson.

Los Estados de Nueva York, Pensilvania y Virginia, que disponían en la elección del presidente respectivamente de 36, 28 y 24 votos, eran los principales en esta elección. En Nueva York obtuvo Adams en la elección local que precede á la general, 26 votos, Clay cuatro, Crawford cinco y Jackson uno. En Pensilvania se dividieron los votos entre Crawford y Jackson; este último obtuvo en aquel Estado la mayoría, á pesar de los consejos de Jefferson, que había dicho: «Jackson es una de las personas menos recomendables para la presidencia; no respeta ni constituciones ni ley; es únicamente un buen soldado; sus pasiones son tremendas... es persona peligrosa.» Mas la nueva generación no hacia ya gran caso del viejo político, y además Jackson se había vuel-

to con los años mas toral, mas tolerante, y mas reservado y prudente. Crawford tuvo mayoría en la Virginia, amén de la minoría que le votó en Pensilvania.

La actividad de los candidatos que mas votos habían obtenido en las elecciones de los Estados, Jackson, Clay y Adams, y la de sus amigos y agentes, se decuplicó en los últimos meses de la presidencia de Monroe, es decir, desde el 6 de diciembre de 1824 hasta el 9 de febrero de 1825.

Solo Adams había declarado, y lo cumplió, que no solicitaría la presidencia ni daría paso alguno para ser nombrado. «Si la nación, había dicho, quiere que yo sea presidente, no me negaré á ello, pero no solicito el voto ni el apoyo de nadie; si no me eligen, será para mí un aviso de que la nación no está contenta de mis tareas en la administración.» Efectivamente, Adams no buscó ni la protección de redactores de periódicos, ni la de los miembros del congreso, ni de nadie; si sus amigos trabajaron por él, fué por convicción propia y no por otro interés alguno. Clay, que había mirado siempre á Jackson con invencible repugnancia, declaró á Adams, en una entrevista que tuvieron el 9 de diciembre de 1824, que apoyaría su elección por exigirle así su convicción y sus principios políticos, ya que la suya propia ofrecía poca probabilidad. De esta entrevista hicieron un arma los partidarios de Jackson, aumentándola y adornándola con toda clase de suposiciones malévolas, para calumniar á Clay y Adams, que tenían en su contra las apariencias. Sin embargo, Adams fué elegido presidente, y Jackson se condujo personalmente en público con mucho tacto, porque asistió á la proclamación y felicitó á Adams dándole la mano.

Adams fué proclamado y tomó posesión de su cargo segun costumbre tradicional, el 4 de marzo de 1825; mas no fué muy feliz en su discurso inaugural, demasiado amanerado y que fué tan criticado que el mismo Clay escribió entonces: «Nos hemos cubierto de ridículo, que es lo peor que puede pasar á personas encargadas de la dirección de los negocios públicos, que son siempre serios.» Respecto de las calumnias, dijo Clay: «Los pillos no pueden comprender que haya hombres de bien.» Ningun presidente desde Washington ha sido menos esclavo de un partido, ni ha tomado posesión de su alto cargo tan libre de compromisos como Adams. Para demostrar su completa imparcialidad ofreció la cartera de la Guerra á Jackson y la de Hacienda á Crawford; pero este último rechazó bruscamente la oferta y Jackson no la aceptó tampoco, principalmente por odio á Clay, ministro de Estado. Crawford se retiró á su propiedad en la Georgia, donde murió en 1834. En su lugar fué nombrado ministro de Hacienda Rush, que había sido embajador en Londres; Barbour se encargó del ministerio de la Guerra; Southard y Wirt, ministros respectivamente de Marina y de Justicia, continuaron en sus puestos, y Rufo King, el antiguo y anciano federalista de Nueva York, fué nombrado embajador en Londres, pero hubo de dimitir al poco tiempo á causa de sus achaques de vejez. Adams no se prestó al nepotismo ni alentó la empleomanía; se negó lacónica y rotundamente á cuantas solicitudes y recomendaciones le dirigieron senadores y diputados á favor de amigos, parientes y paniaguados; ni quiso oír hablar de turno en los empleos, calificándolo de principio indigno y funesto. Sobre este punto escribió: «Decidí dejar en sus puestos á todos los empleados que no habían dado lugar á quejas en el desempeño de su cargo, y mientras su eliminación no fuera exigida por motivos de utilidad pública.» Tan lejos llevó esta rigidez que, á pesar de las reiteradas instancias de Clay, dejó en su puesto á un empleado de la aduana de Nueva Orleans que había manifestado su hostilidad á la administración de Adams de una manera escandalosa. «Para destituir á este hombre por este

motivo, dijo en una ocasion, habria que hacer lo mismo en todos los casos análogos; y ¿dónde iríamos á parar? Probablemente las cuatro quintas partes del personal de aduanas eran contrarias á mi elección, pues que Crawford, como ministro de Hacienda, había colocado partidarios suyos en todos los puestos de su ramo. Se me ha instado por diferentes lados á que barriera á mis adversarios y colocara amigos míos en sus puestos, pero me he negado en absoluto á adoptar semejanza política, pues tengo la mía, que observo inflexiblemente; y si una sola vez me apartara de ella, me importunarian mis amigos para que continuara apartándome á cada instante. Entonces se establecería en toda la nación un espionaje odioso é inquisitorial, se excitarían las pasiones mas egoístas y bajas para calumniar por sus opiniones y conducta á todos los empleados cuyos puestos ambicionarán sus calumniadores.» El tiempo ha dado razón á Adams, porque despues de él ha sucedido lo que dijo. Por lo pronto creció el número de los adversarios del presidente, porque la generosidad y la gratitud, si es que Adams contó con ellas, eran cosas que los millares de hambrientos políticos americanos no conocían.

Las calumnias dirigidas contra Adams y Clay por sus enemigos políticos dieron lugar á causas é informaciones judiciales, á chismes, consejas, insultos y hasta á un desafío entre Clay y Randolph; pero la calumnia de haber empleado malas artes para ganar Adams la presidencia y Clay el ministerio de Estado no se disipó, é imposibilitó á su tiempo la reelección del primero y la elección del segundo. Con razon dice Benton, en su historia del período de 1820 á 1850 (1), que ningun presidente había empezado su difícil cargo bajo peores auspicios. Las votaciones probaron que en el Sur se iban concentrando los defensores de los intereses particularistas, y los partidarios de Adams eran hasta insultados. El que mas trabajó para excitar el Sur contra Adams fué Randolph, elegido senador en 17 de diciembre de 1825 para llenar la vacante que había dejado en esta corporación Barbour al entrar en la administración como ministro de la Guerra. Randolph era defensor acérrimo de la esclavitud y por lo mismo enemigo del Norte y de Adams, el primer caudillo en la larguísima cruzada anti-esclavista, que entonces empezó á tomar cuerpo y carácter bien definido. Así dijo Randolph, en un discurso que pronunció en el senado: «Me parece que todavía oigo lo que dijo en el congreso Patriótico Henry dirigiéndose á los representantes del Sur: «El congreso tiene el poder de dar á todos vuestros esclavos la libertad, y este poder lo ejercerá.» Nosotros,—continúo diciendo Randolph,—dominamos á los demócratas del Norte no con nuestros esclavos negros, sino con los esclavos blancos del mismo Norte.» En otro discurso dijo: «Nosotros sabemos lo que hacemos, y estamos unidos desde el Ohio hasta la Florida, y cuando no, siempre podríamos unirnos; pero vosotros, los del Norte, empezais á desuniros y os desunireis cada día mas. Os empujaremos hasta donde no tengais salida, y cuando os llevemos hasta allí no os dejaremos escapar; allí os clavaremos, como hace el tendero con las monedas falsas.» En cambio, confesó también que la esclavitud era un cáncer en la cara del Sur, un cáncer que ningun arte podía ocultar, y que en vano se había tratado de disimularlo en la constitucion. «Desde el día,—dice otro autor americano, Vance de Ohio,—en que entró Randolph en el senado, se puso á la cabeza del Sur y dió unidad al partido.» Randolph odiaba á Adams, y mas todavía á Clay, á quien hizo la guerra sin pararse en los medios hasta que le inutilizó para siempre.

(1) Tomás H. Benton: *Thirty years view.*

El temor, el coraje y la insolencia del Sur se manifestaron en todas las ocasiones; así sucedió también con motivo del congreso de Panamá. Adams, hablando de este asunto en el mensaje que envió al décimo nono congreso de los Estados Unidos, inaugurado en 5 de diciembre de 1825, decía así: «Las repúblicas de la América del Sur se han puesto en relaciones entre sí, conforme lo exigía su transformación de colonias dependientes en repúblicas independientes, y han decidido reunirse todas en un congreso que debe celebrarse en el istmo de Panamá y en el cual todas deben tomar parte para deliberar sobre sus intereses comunes. Las repúblicas de Colombia, Méjico y las de la América Central han enviado ya sus delegados y han invitado á los Estados Unidos á hacerse representar también en este congreso por delegados. Esta invitación ha sido aceptada y se enviarán delegados de los Estados Unidos que tomarán parte en los debates del Congreso hasta donde lo permite nuestra neutralidad, de la cual no queremos apartarnos, ni lo desean tampoco los demás Estados americanos.» Este pasaje levantó un clamoreo inmenso en toda la prensa del Sur, como si amenazara la crisis mas espantosa. «Jamás,—decían los periódicos,—jamás gobierno alguno, desde el tiempo de Juan Adams, ha mostrado tanto afán de aumentar su poder.» Los debates, que al fin de nada sirvieron, ocuparon al congreso largas semanas. Adams se mostró bastante indiferente en esta cuestión, pero Clay, por el contrario, estaba entusiasmado y él había inducido al presidente á acoger benévolutamente la invitación que le presentaron el embajador mejicano y los gobiernos de Colombia y de la América Central. El público americano se interesaba por la idea de este Congreso, que venía á ser una nueva aplicación de la doctrina de Monroe, y Clay veía ya en vías de realización su idea favorita de una alianza de todos los pueblos de América, desde el golfo de Hudson hasta el cabo de Hornos, idea que formaba la base de su proyecto de política genuinamente americana. Adams comunicó al senado los puntos que formaban el programa del congreso de Panamá y que eran los siguientes: 1.º Adopción de principios liberales en el comercio internacional americano; 2.º Adopción de principios de neutralidad comunes; 3.º Adopción del principio de que la bandera cubre la mercancía; 4.º Convenio por el cual cada Estado representado en el Congreso se obligase á no permitir en su territorio el establecimiento de colonias dependientes de Europa; 5.º Fomento de la libertad religiosa, que tocaba á los representantes de los Estados Unidos reclamar y apoyar; 6.º Los Estados Unidos emplearían su influencia para que no resultase de la guerra entre España y las repúblicas hispano-americanas una situación perjudicial á sus intereses propios. Este último punto aludía al proyecto de Méjico y de Colombia de apoderarse de las islas de Cuba y Puerto-Rico.

El congreso de Panamá no dió ningun resultado práctico y no mereció los violentos debates que motivó en la cámara de representantes norte-americanos, que solo sirvieron para demostrar la existencia de la oposición infundada y rencorosa existente contra Adams y Clay. Esta oposición fué creciendo rápidamente y se sobrepuso á la opinion general del pueblo, que estaba en favor de los proyectos y marcha del gobierno. Los opositores hostilizaron al gobierno sin preguntar si eran buenos ó malos sus proyectos, formando el núcleo de sus huestes los propietarios de esclavos, que paso á paso se fueron coligando. Ya entonces se manifestaba aquel espíritu utilitario insaciable, que engendró la corrupción desenfadada en la administración, la empleomanía, la explotación de los empleos y todo el triste séquito de escándalos que caracterizaron la administración pública de los Es-